

Amantes de ultratumba: antífrasis de la muerte en cuatro relatos de la Antigüedad

Mariana Pablo Norman

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

En las letras de algunos pueblos arcanos palpita cual una larva la idea sobre muertos que anhelan el encuentro íntimo con los vivos. Lejos de constituir figuras mortíferas, son su deliciosa eufemización: una juventud hermosa que despierta el deseo y la pasión de hombres y mujeres. Por ejemplo, Calipso en el mito de Odiseo; las ninfas que jalan a Hilas hacia las profundidades de la muerte; Filinión, bella protagonista de una leyenda de Lidia que lleva a su víctima al borde de la locura bajo la máscara del suicidio; las mujeres exuberantes y sin ombligo de la tradición antillana que se filtran como sombras entre los brazos de los incautos; los héroes griegos Protesilao y Astrabaco, quienes murieron en batalla y regresaron para yacer con sus esposas. Aquí se analizan cuatro relatos donde los amantes, surgidos del abismo de ultratumba, se erigen como un recurso retórico inusitado y son la antífrasis exquisita de la muerte.

Palabras clave: muerte, amantes, ultratumba, antífrasis, mitología.

ABSTRACT

The lyrics of certain arcane peoples pulsate with the idea that there are dead eager for intimate encounters with the living. Far from being deadly figures, they are their delightful transformation into euphemisms: a beautiful eternal youth that arouses the desire and passion of men and women. For example, Calypso in the myth of the Odyssey; the nymphs who pull Hylas into the watery depths to his death; Philinnion, the beautiful maiden in an ancient legend from Lydia who drives her victim to the brink of madness under the mask of suicide; the buxom women without navel of West Indian tradition that creep like shadows into the arms of the unwary; Greek heroes Protesilaus and Astrabacus, who died in battle and returned for an interlude with their wives. The article analyzes four ancient tales concerning lovers who returned from the afterlife as an unusual rhetorical resource and an exquisite apophasis of death.

Keywords: death, lovers, afterlife, apophasis, mythology.

En las tradiciones antiguas siempre existió la idea perturbadora de que la humanidad era depredada sexualmente por seres sobrenaturales. Por ejemplo, en el mito homérico de Calipso, la poderosa hija de Atlante busca poseer a Odiseo al sumergirlo en las entrañas de la Tierra: una alegoría inquietante de la cueva donde mantiene activo en su lecho al héroe durante siete años (Homero, 2002: VII, 259); o el mito del hermoso e inocente Hilas, hijo de Tiodamante –descrito con maestría por el poeta latino Propertio (1989: I, 20)–. Hilas acompañó a Hércules en la célebre expedición de los argonautas. Durante su estancia en Misias le fue encomendado ir por agua. Al ver su proverbial belleza, las ninfas lo desearon y lo arrastraron a las profundidades del manantial, que no era más que una afluyente de la muerte misma: un afluyente que se trasmina hasta el folclore europeo medieval en forma del tema de la “dama del lago”, cuyo eco resuena –por citar otro caso– junto al cabalgar del *Caballero Cifar*, novela del siglo XIV (Anónimo, 1984: 29). Acompaña también en su canto al poeta ilustrado Manuel José Quintana en su romance *La fuente de la mora encantada*, del siglo XVIII (Quintana, 1969: 58). Y pervive en la literatura española en la conocida leyenda del siglo XIX *Los ojos verdes*, de Gustavo Adolfo Bécquer (2010: 90).

Sin embargo, en las letras de ciertos pueblos arcanos se encuentra, palpitante como una larva, la idea de que existen muertos –y no sólo deidades– que anhelan el encuentro íntimo con los vivos. Lejos de ser figuras mortíferas, son su deliciosa eufemización: hermosos jóvenes que despiertan el deseo y la pasión de hombres y mujeres.

En este breve ensayo propongo el análisis de cuatro relatos antiguos en los que atractivos amantes surgidos del abismo de ultratumba se erigen como un recurso retórico inusitado: son antífrasis exquisitas de la muerte. La razón es clara: para engañar a un vivo es *conditio sine qua non* que el amante resulte atractivo a los sentidos; sólo de este modo se logran relaciones efectivas, apasionantes, placenteras, delirantes... No así si el fantasma amoroso aparece con las características propias de un muerto: descarnado, con aliento de cripta, cuencas vacías y cubierto con tristes y decadentes harapos entretejidos con jirones de carne putrefacta y el frío glacial del sepulcro (Pablo, 2006, 38).

Los elementos de la antífrasis que envuelven a estos espíritus son su inminente atractivo y que se trata de apariciones diurnas y no nocturnas, con la cualidad de comer y beber, de fantasmas corporeizados y no intangibles, como se les considera en la generalidad de los imaginarios.

Sin embargo, y a pesar de la delicada antífrasis con que los personajes de estos relatos están contruidos, se encuentran ligados a la oscuridad con un cordón invisible e indivisible. Están marcados con signos nictomorfos indelebles: aparecen de la nada y se desvanecen de repente como el humo de una vela; tienen negras y profusas ca-

belleras; son capaces de transmutarse; poseen indicios de mutilación y diversos objetos que los ligan directamente con sus tumbas: anillos, coronas o copas, vestidos o velos con los que fueron enterrados.

Es importante aclarar que los fantasmas amorosos constituyen una especie del todo distinta de los íncubos y súcubos de las tradiciones antiguas, pues en primer lugar son de origen humano y no demoniaco, además de que nunca están ligados a los sueños ni a la noche; por el contrario, transitan en la luminosidad del día; son hermosos y jamás monstruosos ni deformes; su intención nunca ha sido consumir la energía vital de los seres humanos; operan atendiendo a sus propios intereses: consumir actos sexuales que no disfrutaron porque la muerte los arrancó de tajo.

Protesilao

Protesilao (Roscher, 1978: 671) es una tragedia escrita en el siglo V a.C. por Eurípides, el genio de Salamina, y rescatada de la extinción —al menos su argumento— al quedar fosilizada en los *Comentarios* de Aristides de Atenas y en algunos *Diálogos de los muertos* de Luciano de Samosata, ambos autores del siglo II d.C. Esta afortunada supervivencia arroja datos inusuales que no siempre fueron transmitidos por el resto de la tradición clásica, como el nombre y la vida del primer héroe caído al invadir Troya o el descontento general de los pueblos helenos para marchar en contra de los teucros. La aparición de esta información privilegiada no sólo puede replantear la interpretación de una obra literaria, sino también la de una etapa histórica entera. Y esto conviene para el caso presente, por el uso retórico inusual de la antífrasis que dota de belleza y lozanía a un soldado muerto en batalla. Ésta es su historia:

Enamorado perdidamente, Protesilao contrae nupcias. No podría ser más feliz. Sin embargo, una sombra se cierne sobre él y su joven esposa. Tan sólo un día después de la boda, cuando los deleites de su amor incipiente se encuentra en el cenit, todos los helenos son obligados a marchar contra Troya. El cruel destino tiene reservada para Protesilao la primera lanza teucra, la cual lo perfora de manera fulminante tan pronto como pone un pie en las costas de Ilión. Desciende al inframundo y, confundido, vaga hasta encontrar el palacio de Hades. El mito cuenta que allí suplica a los sabios jueces Radamantis, Éaco y Minos, así como a la delicada Perséfone, que lo liberen un solo día. Su petición le es concedida ante el enorme dolor que los dioses perciben en sus palabras. Entonces, una mañana aparece junto con la brisa en el lecho de su amada. Desconcertada por la súbita presencia de su marido, al que no espera-

ba, ésta se entrega rendida a los placeres de su amor. Lozano, viril y rozagante de juventud, sin ningún rastro visible de heridas, Protesilao pasa el día entero consumando aquello que por ley natural le fue negado: la vida. Y así como aparece, se esfuma, pero esta vez para siempre, para dejar en un estado de profundo sopor, desconcierto y ansiedad a su pobre mujer.

Astrabaco

El de Astrabaco es un relato incluido en la monumental obra *Historias*, de Heródoto de Halicarnaso (1976: “Erato”, VI, 69), del siglo V a.C. Nadie antes ni después se maravilló de manera más seria y apasionada con la idea contradictoria de que los hombres son los mismos y a la vez cambian en forma incesante. Heródoto fue un viajero incansable que no sólo recorrió el mundo conocido, ya que también visitó sin desagrado las vastas regiones de la fantasía. Muestra de ello es este episodio, donde convergen con maestría varios elementos de la antífrasis y donde la más peculiar es la transmutación del fantasma.

En alguna región de Chipre vivió una mujer que acababa de casarse con un hombre llamado Aristón. A la tercera mañana después de su boda sorprendió a su esposa y la llevó a su alcoba, acostándose con ella al tiempo que la adornaba con preciosas coronas de plata. Este hecho no sólo muy excitante le pareció, sino muy extraño, porque su esposo debía hallarse en otro lado de la ciudad, realizando labores agrícolas. En ese momento de placer se escuchó que alguien azotaba la puerta de entrada de la casa, y con terrible asombro vio que era Aristón en persona, de pie frente a ella; entonces volteó y el otro Aristón se desvanecía ya entre sus brazos. Ambos gritaron de miedo y consultaron de inmediato a los sabios, quienes no pudieron negar que se trataba de un hecho sobrenatural. Indagaron el origen de las coronas y descubrieron que pertenecían al heroico templo erigido en honor de Astrabaco, muerto en la guerra mucho tiempo atrás. La historia no acaba allí, pues de esa unión desconcertante fue engendrado un hijo que nació 10 meses después.

Filinión

Lo propio de la inteligencia es maravillarse antes que resolver problemas. Flegón de Trales hizo de esto un oficio. Las voces etruscas y romanas, así como los ecos de

Oriente, fascinaron con sus supuestos prodigios a este historiador, al que debemos un catálogo completo de las creencias –no más insensatas que las nuestras– de sus contemporáneos. De su obra titulada *Sobre los prodigios* se desprende la enigmática leyenda lidia de Filinión (Westermann, 1963: “Peri Thaumazion”, I).

Demóstrato y Carito tenían una casa de huéspedes, entre los cuales figuraba un nuevo inquilino llamado Macates por su virilidad y belleza. Este joven pronto empezó a mostrar una conducta extraña. Preocupados, le preguntaron qué le ocurría. Respondió que lo había estado visitando una preciosa muchachita que lo despertaba por las mañanas y que lo había tomado por amante. Le preguntaron el nombre de la joven: Filinión. Quedaron boquiabiertos, ya que así se llamaba su hija, muerta seis meses atrás. Entre gritos le exigieron que les mostrara los objetos que Filinión le había obsequiado: un anillo de oro y una copa labrada en marfil donde ella y Macates habían libado una gran cantidad de vino durante sus encuentros sexuales. Además, había olvidado su sujetador del pecho, una cinta púrpura. Todos los objetos que les mostró habían sido colocados con el cadáver de su hija medio año antes.

En su desconcierto, pensaron que alguna saqueadora de tumbas habría robado esos objetos y se hacía pasar por la difunta. Los padres pidieron a Macates que, en cuanto volviera la joven, les avisara sacudiendo un lienzo por la ventana, a modo de señal. A la mañana siguiente se materializó Filinión y sorprendió a su amante dormido. En parte temeroso, en parte incrédulo de los chismes, éste agitó el lienzo. Demóstrato y Carito acudieron de prisa y abrieron la puerta de un golpe. El asombro fue mayúsculo: en el lecho estaba acostada su hija, con una renovada y resplandeciente belleza, cuya piel blanca y tersa hacía palidecer la luz del sol matutino que entraba por la ventana. Su cabellera, abundante, majestuosa y negra, la cubría a modo de manto. Lucía espectacular. Los padres enmudecieron y Filinión les reclamó que estaba allí por los designios de una diosa, y que su intromisión les costaría muy caro. Se puso de pie y en un segundo se desplomó en el piso, transformada en un cadáver. Macates quedó trastornado y al borde del suicidio. Los padres no sabían qué hacer con el cuerpo de su hija, porque nadie quería que se le sepultara por segunda vez dentro de los muros de la ciudad.

La espectacular cabellera negra de Filinión es acaso uno de los signos de la oscuridad más estrujante. Por un lado la ondulación del cabello constituye la animación íntima del agua, isomorfismo ligado con el torrente del tiempo, ese tiempo irrevocable que es el pasado; por el otro, los cabellos son lazos, imágenes directas de las ataduras temporales, de la efímera condición humana ligada con la maldición de la muerte. No por nada los cordones, las cuerdas y los nudos caracterizan a tantas divinidades

de los distintos inframundos (Durand, 2004: 99). El hecho de que Filinión consumiera alimentos y bebiera vino es otra situación sumamente inusual, porque los fantasmas no comen: no quieren ofrendas ni libaciones dentro de sus tumbas. No obstante, en esta leyenda resulta necesario para que la aparición convenza a su víctima de que es alguien normal y cumpla el cometido que la trajo de vuelta al mundo de los vivos: ser amada con intensidad por un hombre.

Mujeres caribeñas sin ombligo

Un par de milenios después de que varias de las civilizaciones arriba descritas colapsaran y, con ellas, sus complejos y enormes sistemas de creencias en torno a la muerte, Hernando Colón, habitante de una nueva e insospechada geografía, tuvo la acertada decisión de auspiciar, dentro de la *Historia del almirante* (Colón, 1991: LXII), un resumen de la *Relación acerca de las antigüedades de los indios*,¹ escrita por fray Ramón Pané, un ermitaño de la orden de san Jerónimo quien dominaba la lengua de los indígenas del Caribe, el cual la redactó por mandato de Cristóbal Colón. Este documento posee un contenido antropológico, etnográfico y literario invaluable, ya que no sólo comprende la teogonía y la antropogénesis de los pueblos del Caribe: sus características son tan peculiares que es posible suponer la existencia de una tradición amerindia insular respecto a la magia y a las creencias *post mortem* independiente de las del resto del mundo.

Allí, en ese paraíso del imaginario antillano, habitan exuberantes mujeres sin ombligo que se filtran durante el amanecer como sombras entre los brazos de los incautos. Los hombres son tomados por sorpresa por los cuerpos desnudos de lindísimas mujeres de perfumados y oscuros cabellos y nadie se resiste a semejante tentación. Sin embargo, el placer adquiere un lado muy siniestro, pues al acariciar sus vientres palpitantes descubren que carecen de ombligo. Asqueados, apartan con violencia a sus amantes, pero antes de que puedan dañarlas, se esfuman. Entonces saben que fueron visitados y poseídos por un “operito”, que significa “el alma de un muerto”. A pesar de la succulenta antífrasis con que estos seres de la tradición caribeña son cons-

¹ Hacia 1498 Pané entregó a Colón sus apuntes en español. El material llegó a Sevilla, donde Pedro Mártir de Anglería (1455-1526), miembro del Consejo de Indias y primer historiador general de las Indias, publicó en latín un resumen de su contenido en *Décadas del Nuevo Mundo*, en tanto que Bartolomé de las Casas extrajo algunos fragmentos y les agregó comentarios propios para su edición de *Apologética historia de las Indias*.

Mariana Pablo Norman

truidos, no pueden eludir la monstruosa realidad y tienen el signo inequívoco de la amputación, pues la muerte es la amputación de la vida y no hay signo más claro y más brutal que carecer de ombligo.

Bibliografía

- ANÓNIMO, *El libro del cauallero Cifar*, Madison, The Hispanic Seminary Of Medieval Studies, 1984.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo, *Leyendas*, Madrid, Castalia, 2010.
- COLÓN, Hernando, *Historia del almirante*, Madrid, Luis Arranz (Historia, 16), 1991.
- DURAND, Gilbert, *Las estructuras antropológicas del imaginario*, México, FCE, 2004.
- HALICARNASO, Heródoto de, *Historias*, México, UNAM, t. III, 1976.
- HOMERO, *Odisea*, Barcelona, Gredos, 2002.
- PABLO NORMAN, Mariana, “Cuentos de fantasmas de Grecia y Roma antiguas”, tesis, México, UNAM, 2006.
- PROPERCIO, *Elegías*, Madrid, Gredos, 1989.
- QUINTANA, Manuel José, *Poesía completa*, Madrid, Castalia, 1969.
- ROSCHER, W. H., *Lexikon der Griechischen und Römischen Mytologie*, Nueva York, Georg Olms Verlag, 1978.
- WESTERMANN, Antonius, *Paradoxógraphi Graeci*, Ámsterdam, Adolf M. Harkkert, 1963.